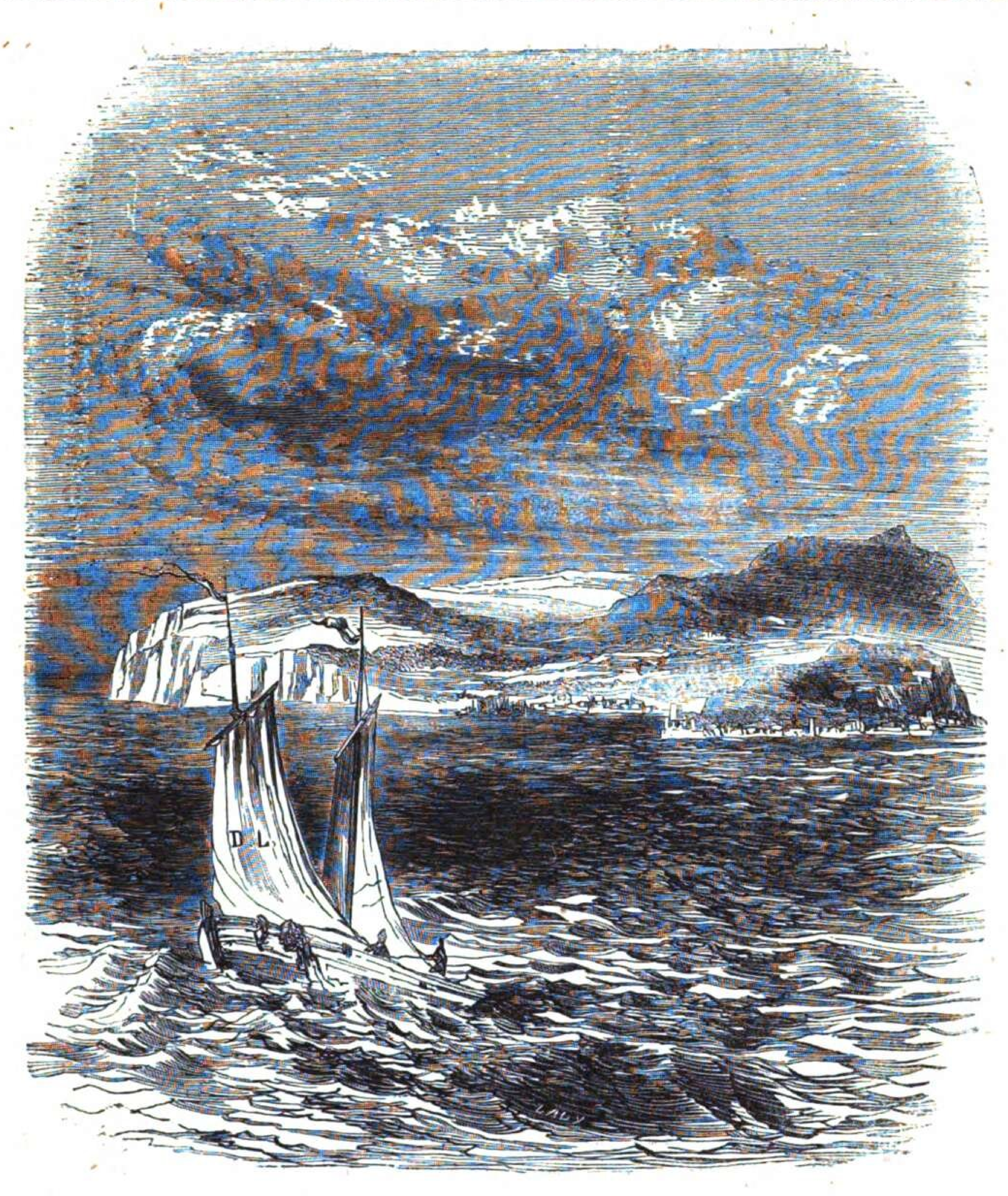
Semanario pintoresco español

Madrid 1854



VISTA DE LA ISLA DE ELBA.

LA RICAHEMBRA.

Representándose actualmente en el teatro del Príncipe un drama con este título, escrito por mi amigo D. Manuel Tamayo y por un hermano mio, me parece que no desagradarán á nuestros lectores algunas noticias acerca de Doña Juana de Mendoza, conocida con el sobrenombre que encabeza este artículo. (1)

Fué hija de Pedro Gonzalez de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, mayordomo mayor del rey, aquel famoso caballero que en la batalla de Aljubarrota dió á D. Juan el I su caballo para que se salvase, *y entróse á morir lidiando.* Nació Doña Juana en Guadalajara por los años de 1352, y en su madre Doña Aldonza de Ayala pudo copiar grandes y peregrinas virtudes. Prefiriéronla sus padres á todos, con tener doce hijos, aventajándola y enriqueciéndola de tal modo, que fué llamada la Ricahembra. En diciembre de 1381 casó con Diego Gomez Manrique, adelantado mayor de Castilla, y en la Biblioteca Nacional se conserva copia de la carta de dote, otorgada en Avila ante el escribano Alonso Fernandez de Sevilla, documento curiosísimo y digno de que viese la luz pública (1). El señor de Hita y Buitrago dotó á su hija con mucha plata, paramentos de armas, ajuar, aljófar, alcoras y guirlandas de oro, con mil cabezas de ganado lanar, que dijo valian 7,500 maravedís, y ciento de ganado vacuno, valuadas en otro tanto. Dióle asimismo los lugares de Villaharta-Quintana (donde estaba la casa solariega de Pedro Gonzalez), los del Valle de San Vicente y sus despoblados, los de Eterna, Anguta, Avellanosa, Quintanilla del Monte, Foncea, Loranco, Ochánduri y Erramélluri; y varias heredades de pan y vino y ruedas en Grañon y algunos puntos comarcanos: todo con la justicia civil y criminal, alta y baja, con sus términos, poblaciones y divisas, prados, pastos y dehesas, montes y aguas. Poco tiempo estuvo casada con Gomez Manrique esta señora, perdiendo á su esposo y padre en la desastrosa jornada contra los portugueses, el lunes 9 de setiembre de 1385.

La fama de su riqueza, de su honestidad y hermosura, empeñó á muchos grandes señores en pretender su mano; pero en especial, quien se propuso hacerla suya á todo trance fué D. Alfonso Enriquez, hijo ilegítimo del maestre de Santiago D. Fadrique Enriquez, hermano bastardo de D. Pedro el Justiciero.

(1) Véanse en comprobacion de lo que vamos á referir, el *Centon epistolario del Bachiller de Cibdareal*, con las *Adiciones* del doctor Lorenzo Galindez de Carvajal; las *Generaciones y semblanzas de Fernan-Perez de Guzman*; la *Crónica de Don Juan el primero*, y la de *D. Juan el segundo*; las *Obras del sabio varon Gracia Dei* (M. S.); la *Noticia de algunas casas de los señores grandes de España* (M. S. de 1547); el *Origen de las dignidades seglares de Castilla y Leon* por Salasar de Mendoza; la *Historia de las vidas de los excelentísimos señores duques del Infantado*, por el P. Hernando Pecha (M. S. de 1633) y la de la *Casa de Lara*, por Salazar de Castro.

(1) Con error dice Salazar de Castro que este matrimonio se capituló en el año de 1372, cuando lo fué en la era 1419.

El mismo genealogista añade que se hizo la capitulacion entre el padre de la novia y el arzobispo de Toledo D. Gomez Manrique, tio del novio, quien en contemplacion de esta alianza, ofreció dar á su sobrino otros 240,000 maravedís, como los que llevaba en dote la Ricahembra, y los paños de oro, damasco, seda y lana, cendales y brochaduras, y una silla con sus arzones de plata y freno con chapas del propio metal, como cumplia al honor de la desposada.

23 DE ABRIL DE 1854.

Cuentan las historias que posando una vez el maestre en Lerena, en casa de un mayordomo suyo, judío y casado con hermosísima mujer, llamada Doña Palomba, de la misma secta, prendóse de ella y rindióla á su voluntad, no sin grande riesgo y trabajo. Era la judía natural de Guadalcanal, y de gente de conversos, y en el mismo pueblo se crió D. Alfonso, fruto de aquellos amores, como judío, oculto y desconocido á todos. A la edad de veinte años (1374) fué bautizado, y reconocido como sobrino carnal por D. Enrique II, que merced á la traicion de Montiel, empuñaba el cetro de Castilla. D. Alfonso tomó el apellido de Enriquez á contemplacion del rey su tio, que en mucho le estimó y le favoreció siempre. Algunos genealogistas y escritores apasionados suponen (sin el menor fundamento) hijo á D. Alfonso de la desgraciada y virtuosísima reina Doña Blanca. Otros lo atribuyen á la mujer del mayordomo referido, afirmando que este y aquella eran cristianos viejos y de la estirpe de los godos, y que dieron á criar y guardar el niño á la judía.

Sucedió en el trono á D. Enrique el Lozano su hijo D. Juan el I, quien amó con ternura á su primo hermano D. Alfonso Enriquez, y le protegió con estremo en la empresa de enlazarlo con la Ricahembra Doña Juana de Mendoza. Al propósito, escribió el rey á esta señora apretadamente, y porque se lograse mejor la carta quiso llevarla el mismo D. Alfonso, disfrazado como paje del monarca. Pero como se resistiese la ilustre viuda á contestar favorablemente el mensaje, y la estrechase el mensajero, tanto se irritó la dama que no estuvo en su poder contenerse, y dejar de decir que no le convenia casarse con el hijo de una judía. D. Alfonso, que se turbaba á menudo con saña y era muy arrebatado en ella, ciego de cólera levantó la mano y dió un bofeton á Doña Juana, retirándose inmediatamente. Corrida y afrentada llamó á sus criados la Ricahembra, y sabiendo el verdadero nombre del supuesto paje, le hizo venir y juntamente á un sacerdote que los casó en el acto, para que en ningun tiempo se pudiera decir que otro hombre que su marido habia puesto en su rostro la mano.

Doña Juana, á pesar de tan desfavorables principios, amó con el mayor estremo á su segundo marido, de quien tuvo doce hijos (habiendo nacido de un solo parto los tres primeros): generacion famosa y privilegiada, de que descienden las casas mas ilustres de España y los mas grandes príncipes de Europa. Nietas de estos señores fuéron una reina de Navarra y una infanta de Aragon, y biznieto el Rey Católico, gloria de los príncipes castellanos.

D. Alfonso alcanzó la dignidad de almirante mayor de Castilla en 1409; pero antes habia fundado, juntamente con su mujer, los mayorazgos de Medina de Rioseco (punto de su habitual residencia), el condado de Melgar y los señoríos y estados de Mansilla, Palenzuela y Torre de Lobaton, con otros muchos lugares en tierra de Campos, hácia los años de 1405. Siempre estuvo á cargo de la Ricahembra el gobierno de los estados y familia del Almirante, el cual, por razon de su empleo, vivia de contínuo en la mar, capitaneando las galeras de Castilla contra los moros de Granada, de quienes alcanzó repetidas victorias.

Dos anécdotas nos ha trasmitido un cronista, del tiempo en que Doña Juana vivia en Medina de Rioseco, rigiendo sus estados por ausencia de D. Alfonso. Refiérese la primera á su prevencion y prudencia. Tenia por costumbre no abrir de noche á persona alguna las puertas de la fortaleza; y como llegase una vez á deshora su marido, prefirió dejarle fuera de la villa á quebrantar una disposicion, en aquellos tiempos de la mayor importancia. La segunda da á conocer la firmeza de carácter, el amor á la honra y la severidad de principios de la Ricahembra. Un secretario suyo atrevióse á escribirle un papel de amores, poniéndolo en la cartera del despacho, entre otras cartas y documentos; á cuyo billete contestó la dama haciendo prender y ahorcar aquella misma noche al secretario enfrente á los balcones del alcázar.

Doña Juana fué madrina en el bautizo de Enrique IV por enero de 1425; y el bachiller de Cibdareal cuenta alguno que otro suceso de esta señora, calificándola de *ardiosa y cariacontecida*.

A la edad de setenta años adoleció gravemente D. Alfonso, y aparejándose para morir, renunció en su hijo D. Fadrique el oficio de Almirante, y sus estados, dignidades y títulos; pero habiendo sanado milagrosamente, se retiró al convento de Guadalupe, donde falleció cinco años después, en el de 1429, como penitente religioso. Su cuerpo fué depositado en el monasterio de Santa Clara de Palencia, en un suntuoso enterramiento, sobre el cual se alzaba de rodillas su estatua de mármol, representándole armado de todas armas.

Separados los dos esposos, la Ricahembra se vino á Guadalajara, y allí murió á 24 de enero de 1431. Yace en San Francisco en la bóveda de sus mayores (1). «Fué (dice la crónica de D. Juan el II) una dueña muy notable, de cuyo fallecimiento el rey é la reina é todos los grandes de la corte hubieron muy gran sentimiento, é por eso no hubo lugar de se hacer en las bodas del Condestable (D. Alvaro de Luna) las fiestas que se hicieran, si esto no acaeciera.»

(1) Salazar de Mendoza dice, fól. 70, que D. Alfonso y Doña Juana estan enterrados en Santa Clara de Palencia, que ellos fundaron. Lo mismo asegura Salazar de Castro (y parece que así lo da á entender la *Crónica de D. Juan el II*), añadiendo que las religiosas, tal vez en el siglo XVII, hicieron quitar los magníficos sepulcros de alabastro para mayor desahogo de la iglesia.

LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

ALINA.

HISTORIA DEL SIGLO XII.

Era en el mes de agosto: la velada habia comenzado; se acercaba la noche, y habia sonado la oracion en el castillo y la villa de Montaigu.

Sentada cerca de una ventana de piedra la noble dama de Chabannes contemplaba en dulce éxtasis la naturaleza, próxima á entregarse al descanso. El silencio lleno de melancolía que la rodeaba, traia á su memoria el recuerdo de su juventud. Niña, habia sido dichosa; jóven, habia sido bella y feliz; casada y madre, habia continuado siendo bella y feliz: el amor de su marido, la nobleza de su rango y las caricias de sus hijos, llenaban su existencia de dicha y de felicidad. El porvenir se la mostraba tan brillante como los negros ojos de su hijo, de edad de doce años; y se la sonreia con toda la gracia de su querida Alina, ángel de nueve años. Gaston, niño robusto, de color sonrosado y tez morena, estaba sentado cerca de su madre, y enredaba con un libro; Alina, morena y con ojos azules, procuraba leer en un misal adornado de láminas primorosas, que tenia sobre las rodillas. En un rincon hilaba la vieja Marta, que habia estado al cuidado de estos dos niños.

El dia habia sido muy caluroso, y los vapores de la tierra abrasada, en vez de refrescar el aire de la tarde, aumentaban la calma que tan penosa hacia la respiracion. Ya se habia puesto el sol, y era completamente de noche, cuando de repente ilumina el horizonte un relámpago, seguido de un trueno, que repitieron los ecos de las nubes y de las montañas. Berthe, sacada de improviso de su éxtasis, hizo la señal de la cruz; su hijo se arrimó mas á ella, no tanto por temor como para defenderla, y Alina, asustada, se abrazó al cuello de su madre.

—Recemos, hijos mios; la tempestad está encima; pidamos á Nuestra Señora del Buen Socorro que se digne amparar y librar de todo peligro á vuestro padre, el noble señor de Chabannes, que en este momento está en camino, de vuelta á su castillo, y debe llegar mañana.

—Mi padre, esclama Gaston con alegría, mi padre va á volver!

—Señora Nuestra, proteged á nuestro dueño y señor, murmuraba la anciana.

—Sí, Marta, contestó la duquesa, pidamos por el viajero espuesto en este momento al furor de la tempestad. Escuchad, ¿veis con qué furia se declara? La lluvia cae á torrentes, el trueno no cesa de sonar, y los relámpagos iluminan la estancia.

—Qué hermosos son! esclama el niño, cuyo entusiasmo era mayor que el miedo.

—Buena ama, replica Berthe, enciende el cirio bendito de la Candelaria, y ponle delante de la imágen que me ha dado mi tio el obispo de Sousons.

En seguida cogió las manecitas de su hija, y las cruzó para orar. Gaston, apoyado en una silla blasonada, seguia contemplando los progresos de la tempestad, y la buena Marta unia sus rezos á los de la familia.

De repente se abre con violencia la puerta de la estancia, y aparece pálido y temblando el viejo Gerard, mayordomo del castillo. Sus vestidos estaban en el mas completo desórden, el terror pintado en sus ojos, y las piernas se le doblaban bajo el peso de su emocion.

—Señora, estan allí! dijo señalando con la mano la entrada principal del castillo.

—¿El amo y sus amigos?

—No, noble señora, ¡sus enemigos!

—Es preciso defendernos, esclama el jóven Gaston.

—Ay señora! moriremos todos por salvarla, pero es imposible librarnos. Mi señor ha llevado con él casi toda su gente de armas, y no hay bastante para defender el castillo.

—Tratad de defenderos hasta mañana, respondió Berthe repuesta de su emocion; el duque de Chabannes no puede tardar en llegar.

—Sí señora, nos defenderemos hasta morir.

Pero todo fué inútil: atacados de improviso, oprimidos por el número, á pesar de su valor y resistencia, sucumbieron todos y fueron degollados sin piedad. Los enemigos, furiosos, no perdonaron á nadie; Gaston, á pesar de defenderse, cayó con su madre bajo sus golpes; solo Alina se salvó por un milagro de amor maternal: herida de

muerte la dama de Montaigu, estrechó á su hija contra su seno, y dejándose caer en tierra con ella la libró de una muerte cierta. Todo se lo llevaron, muebles, vajilla de oro y plata, telas preciosas y alhajas: en una hora no quedó en el castillo mas que las murallas y los cadáveres desnudos. Al despojar el de la señora Chabannes, uno de los escuderos encontró á la niña viva aun; conmovido por sus lágrimas y por su hermosura, la tomó en sus brazos forrados de hierro y se la ofreció á su capitan, el conde de Malcourant, que satisfecho de su venganza contra su enemigo el conde de Chabannes, no tuvo el odioso resentimiento de asesinar á aquella pobre criatura. La unió á su botin, y volvió á tomar el camino de su castillo, situado en el mediodía de la Borgoña.

Mientras que esto sucedia, el señor de Chabannes se volvia de París, satisfecho de su viaje, y mas dichoso con la esperanza de la felicidad que le esperaba á su vuelta. Amar á una mujer jóven y bella, que participa de vuestro cariño, es una dicha muy rara, es un tesoro difícil de adquirir y precioso de conservar: volver á ver á una esposa, cuya mirada busca con confianza las vuestras y que está rebosando amor; recibir las inocentes y graciosas caricias de sus hijos; recoger de sus criados mil felicitaciones por su vuelta; volver á su antigua casa y hogar, testigos de sus dulces pasatiempos, eran los pensamientos que ocupaban al señor de Chabannes cuando se iba acercando al castillo. Pero se quedó en estremo sorprendido al encontrar echado el puente, levantado el rastrillo, y abiertas las puertas principales. ¡Quién podria pintar el dolor, la consternacion y el abatimiento de aquel esposo, de aquel padre, al ver los cadáveres de su mujer y de su hijo! Su dolor fué mudo, como todos los grandes dolores; una lágrima candente corria por sus ojos inyectados de sangre, y únicamente salió de su boca el nombre de su enemigo, como el rugido de una leona á quien han quitado los hijos.

Estos dos señores estaban hacia mucho tiempo en guerra, pues en tiempo de los reinados de Carlos VI y Carlos VII era muy comun ver á los nobles señores vengar sus querellas con el asesinato, y hacerse justicia con sus propias manos. El señor de Chabannes se habia apoderado de un castillo del conde de Malcourant, y este, por via de represalias, habia atacado de noche el castillo de Montaigu, mientras estaba ausente su dueño.

Ocho años han pasado desde este suceso, durante los cuales el señor de Chabannes hizo al conde una guerra encarnizada; pero este se defendió con toda la animosidad de su aborrecimiento. Viendo el señor de Chabannes que no podia conseguir su objeto, resolvió acudir á la justicia, y se quejó al duque de Borbon su soberano; y el conde Malcourant se puso á su vez bajo la proteccion del duque de Borgoña, de quien era vasallo. Conociendo la fuerza, el crédito y la superioridad del duque de Borgoña sobre los demás príncipes, el señor de Chabannes quiso recusar su intervencion. Fuéron muy largos los debates que esto produjo, que no hicieron mas que aumentar la irritacion y el odio de las dos partes. El duque de Borgoña, que desde un principio habia estado con cuidado viendo que sus diferencias no se acababan nunca, las tomó por su cuenta é intervino en ellas de oficio. Condenó por su propia autoridad al conde de Malcourant á restituir el castillo y á poner en libertad á la única que se salvó del degüello. Pero como el duque Chabannes habia sido el primer agresor, autorizó al conde para retener los muebles y las alhajas cogidas en el castillo. Contentos ó no los dos enemigos, se vieron en la precision de aceptar esta intervencion y de pasar por ella.

Durante los ocho años del destierro, Alina habia crecido y se habia hecho una hermosa jóven de diez y siete años, edad de la inocencia y del pudor, en la que las jóvenes aun no se conocen. ¡Qué hermosa estaba aquella niña, víctima de la desgracia y del despotismo, sentada á su ventana, agitados sus hermosos cabellos por el viento de la tarde, con su tersa frente, su pálida fisonomía, tendiendo su vista por el espacio y buscando el horizonte del cielo de su pátria, la mansion de su padre! El recuerdo, de sus parientes y de sus primeros años hacia correr gruesas lágrimas de sus hermosos ojos azules, y quedaba abismada en este recuerdo, que concluia siempre por una oracion por su padre, ausente, por rogar á Dios por su madre que velaba por ella desde el cielo. Pasaba los dias entre la oracion, los recuerdos y la limosna, que es el mayor goce de los nobles corazones; lo mismo era para ella un dia que otro.

Entre los escuderos del conde Malcourant habia un paje jóven que le habia confiado el duque de Borgoña para instruirle en el noble ejercicio de la guerra. De ilustre y antigua familia, Enrique de Mortagne se hacia notable por su noble continente, sus veinticinco años, su valor, y sobre todo por sus modales nobles y cumplidos; cualidades raras en aquella época. Su espresiva fisonomía estaba adornada de una frente ancha y espaciosa, y de unos ojos en que estaban pintados el valor y la serenidad. Tenia la gracia y agilidad de la juventud; pero rico de todas estas cosas, era pobre de bienes, y necesitaba buscar la fortuna por el camino de la gloria.

La belleza de Alina, á quien habia visto muchas veces, habia cautivado su corazon; su tristeza, su soledad, su cautiverio habian puesto en movimiento todos los sentimientos generosos y propios del espíritu caballeresco que inspiró á la nobleza francesa esta antigua y bella divisa: *Dios, una dama y mi rey*. Jóven, la amaba sin saberlo con un amor tierno y apasionado.

En un torneo que el conde de Malcourant dió de vuelta de una campaña feliz, Enrique de Mortang tuvo ocasion de hacerse notable. Estaban concluyendo, cuando tropezando su caballo le hizo hacer un movimiento hácia adelante: movimiento que quiso aprovechar su contrario, tirándole un lanzazo á la visera. A vista del peligro, salió un grito de la tribuna de honor, y un pañuelo cayó en la arena. Librarse del lanzazo, echándose á un lado, volver el caballo, recoger el pañuelo sin detenerse, y cargar á su adversario, fué para Enrique obra de un momento. Sorprendido por una acometida tan brusca y tan inesperada, el contrario no pudo resistirla, y perdió los estribos. Una aclamacion general se hizo oir por todas partes, y Enrique fué proclamado vencedor del torneo, y cuando Alina llena de emocion y de orgullo quiso con timidez reclamar su pañuelo al que habia arriesgado su vida por declararse su caballero; este le respondió muy bajo, pero ardiendo en amor: ¡oh! no, no le reclameis, solo con mi vida abandonaré este pañuelo! Y desde entonces Enrique no vivia mas que para Alina, y Alina volvia algunas veces á ver á Enrique. ¡Eran tan dichosos los dos!

Arregladas por el duque de Borgoña las diferencias de los dos señores enemigos, Alina volvió á habitar otra vez el castillo de Montaigu. Su alegría fué grande, pero no dejó de ir acompañada de tristeza; amaba sin saberlo, ó mas bien no queria confesárselo. Las maneras graciosas y nobles, el valor y sangre fria de Enrique habian conquistado su corazon, y el cariño y el amor se llevan poco. Por supuesto que Alina habia ocultado á todos, y en particular á su padre, el secreto de su amor. Cuándo y cómo volveria á ver á Enrique, no lo sabia... pero su corazon la decia que esperase.

Enrique por su parte, después de la partida de Alina del castillo de Malcourant para ir á habitar el de Montaigu, angustiado de verse separado de ella, se retiró de la corte del duque de Borgoña, para buscar en los combates y las justas el medio de distraer su amor, y al mismo tiempo adquirir un nombre que le permitiese presentarse á su padre á pedirle su mano.

Pero al poco tiempo el padre de Alina pensó en darla un esposo digno de ella, y sobre todo de él. En las cercanías habitaba, ó mas bien cuidaba en un castillo ruinoso un caballero compañero de armas, y amigo del duque de Chabannes, cuya nobleza era tan grande como escasa su fortuna. Gran cazador, de un genio fuerte, de cuarenta y cinco años, brusco y pendenciero, no podia convenir á la dulzura de Alina; comprendia muy poco los sentimientos de aficion y de delicadeza; era uno de aquellos caballeros que se hubieran avergonzado de saber escribir, y que firmaba con el pomo de la espada; por lo demás, habia dado pruebas de ser un hombre de bien.

Mucho sufrió Alina cuando supo la eleccion de su padre: trató de convencerle que preferiria mas retirarse á un monasterio; pero el duque se opuso abiertamente. Entonces ella pidió un año de término para obedecer las órdenes de su noble padre.

Se pasó el año sin que hubiera ningun cambio. El baron de Vaudemont iba con frecuencia á presentar sus homenajes á su futura, y á cazar con el señor de Chabannes, y muchas veces Alina se retiraba con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas. Esperaba que su frialdad é indiferencia, de que le daba repetidas pruebas, le obligarian á romper su próximo matrimonio, á devolverla una libertad que ella no le habia dado; pero siempre eran defraudadas sus esperanzas.

Una mañana el duque de Chabannes entró en la habitacion de su hija y la dijo que habia orado, y que venia á reclamarla el cumplimiento de su promesa; que en consecuencia, para celebrar de un modo digno su matrimonio, habia hecho publicar para el mes próximo un magnífico torneo que el duque y la duquesa de Borgoña se habian dignado presidir.

Alina, que ya no tenia mas esperanza que en Dios, se puso en sus manos, y respondió á su padre que le obedecería, pero que le suplicaba que la permitiese dar su persona y su mano al vencedor del torneo. Un secreto presentimiento motivó esta súplica.

El duque de Chabannes, que conocia el valor, la destreza y la fuerza de su amigo el baron de Vaudemont, concluyó por acceder á lo que calificó él un capricho de su hija. Por otra parte, no le disgustaba la esperanza de poder encontrar un yerno tan noble y mas rico que el baron, aunque este fuese amigo mas antiguo. Hizo dar la mayor publicidad á las condiciones del torneo.

Fué muy grande la afluencia de caballeros al castillo Montaigu. La presencia del duque de Borgoña y de la corte, la esperanza de hacerse notable y de obtener el premio tan bello del torneo, habian atraido á este combate á todos los nobles caballeros de las cercanías y

de veinte leguas en contorno. Pero entre todos se distinguian el baron de Vaudemont, por su hermosa estatura, su aire marcial y por su lenguaje fanfarron; el conde de Malcourant por su rica armadura, su orgullo y su arrogancia. Los dos tenian un interés particular en ser el vencedor en el torneo. El espíritu de venganza del uno y la avaricia del otro estimulaban su ardor y su mal carácter.

Alina, por su parte, esperaba ver á Enrique entre los combatientes, y dirigia fervientes súplicas al cielo para que fuese el vencedor; pero hasta el presente aun no habia parecido, y la inquietud de Alina era mortal.

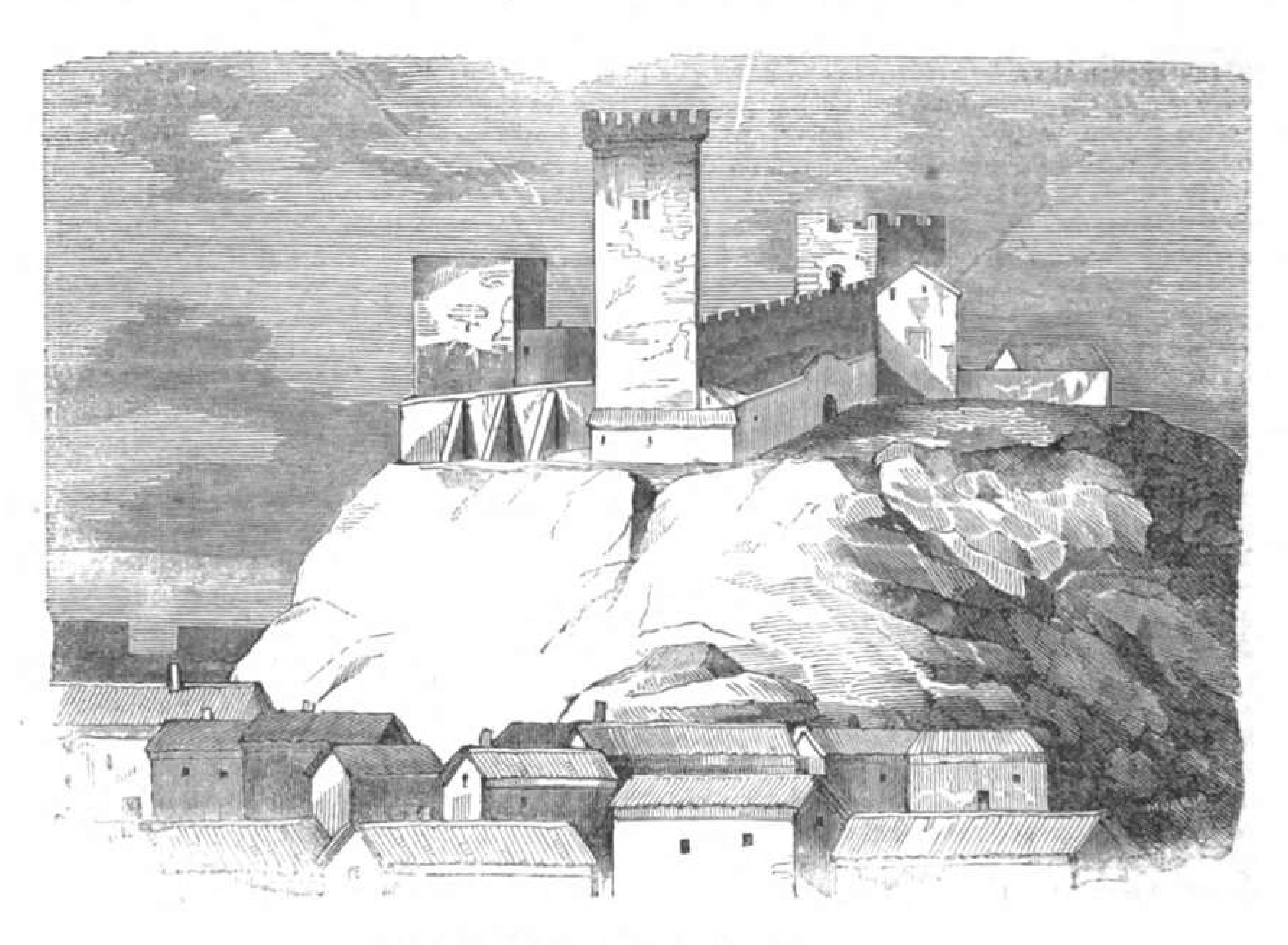
En fin llegó el dia del torneo. La jornada se anunciaba bella, el sitio consagrado al combate estaba rodeado de una vasta galeria, en que se colocarou las damas de los caballeros que no tomaban parte en el combate; una gran tienda adornada de ricas telas y con las armas de los duques de Borgoña y Chabannes se reservó para la duquesa de Borgoña y su corte: Alina se colocó á la derecha de la duquesa, que habia sido nombrada reina del torneo.

Los clarines anunciaron la llegada de los mantenedores del torneo, que eran el conde Malcourant y el baron de Vaudemont con dos amigos suyos: debian hacer frente á todos los que habiendo tocado sus escudos, que estaban colgados á la entrada de la lid, quisiesen disputarles el premio de la conquista.

Hubo diferentes choques, y no faltó valor á los esforzados caballeros que combatian á vista de sus damas y del duque de Borgoña, que con el de Chabannes habia sido nombrado juez del combate; los cuatro sostenedores parecian incansables, y Malcourant sobre todo se hacia notar por la fuerza de su brazo y la destreza en manejar su corcel; al sesto encuentro los dos compañeros del duque y del baron fuéron desmontados y puestos fuera de combate; al octavo no quedaba mas que un combatiente contra los dos sostenedores del combate, y ya se iba á sortear con quién habia de luchar primero, cuando un clarin anunció la llegada de un nuevo caballero.

Este, después de haber tocado tres veces el escudo de Malcourant y de Vaudemont, se adelantó hácia la tribuna á saludar á la duquesa; contra lo ordinario no llevaba cimera en el casco; su armadura era de color oscuro; al saludar no se levantó la visera, y su escudo, que llevaba á la altura del pecho, no tenia ningun blason; los mantenedores, al ver un desconocido que ocultaba su calidad, querian escluirle del combate; pero el duque de Borgoña, sin que le hubiera conocido ó que creyese poderlo hacer, aceptó al nuevo combatiente tal como se presentaba.

Los cuatro caballeros puestos uno enfrente del otro se atacaron vivamente, el desconocido contra el baron, y su compañero contra Malcourant. Al primer choque el que tomó partido por el desconocido, tocado por la terrible lanza de Malcourant, rodó por la arena, y pidió gracia; el desconocido hirió con tal fuerza al baron de Vaudemont,



El castillo de Montemayor.—(Véase la pág. 97.)

que obligó al caballo á caer de espalda, y de esta caida el baron salió con una pierna contusa. Alina, sin pensar en ello, y como único recurso, vió con interés la caida del baron.

El conde de Malcourant, viéndose solo para luchar con el desconocido, le injuriaba para obligarle á que se descubriera.

—Pronto lo sabrás, le respondió este, y al mismo tiempo sacó de debajo de su escudo una banda con las armas del duque de Chabannes, á la cual estaba unido el pañuelo blanco que Alina habia abandonado á Enrique en el torneo de Malcourant; esta le costó mucho trabajo dominar su alegria, pero el temor de una desgracia la contuvo.

Al ver estas armas el conde de Malcourant dió un rugido, y dirigiendo una mirada de odio al duque de Chabannes, le dijo al desconocido: *Yo pongo toda mi gloria en humillar al defensor de una casa enemiga.*

—*Y yo*, respondió el desconocido, *cifro toda la mia en anular el tratado segun el cual se ataca á las mujeres y á los hijos.*

En este momento Enrique recibe un golpe de lanza del conde, que evita, y pronunciando el nombre de Alina se lanza lleno de ardor contra su adversario, le toca en el pecho, y le hace perder los estribos. Este, furioso, se rehace y grita venganza. Pide armas, proponiendo la espada á pié contra la lanza á caballo. En este nuevo combate el ataque fué vivo, y la defensa llena de habilidad. Cada uno, segun su opinion, aprobaba ó no los golpes de los combatientes; la espera fué larga y penosa, la sangre corria de los dos lados, y se deducia que iba en ello la vida de uno de los dos. Enrique, herido en el brazo izquierdo, respondia con valor en esta lucha desigual, en que toda la ventaja era del conde, que listo y pronto le atacaba por todos lados, y él lo evitaba con facilidad. Alina, desesperada, cerraba los ojos de horror y de temor, y no podia, sin embargo, dejar de mirar. De repente el conde se aprovecha de un movimiento del caballo, y tira á Enrique una estocada, que mas pronto que el relámpago hace encabritar á su caballo, y levantando su terrible lanza á toda la altura de este, le da un golpe en el costado, en el momento que el conde levantaba el brazo para herirle segunda vez; en seguida abandona su corcel, coge á su adversario, le echa por tierra, y poniéndole el pié en el pecho, le presenta la espada á la garganta.

El conde de Malcourant tuvo la debilidad de gritar: ¡perdon! Enrique no consintió en concederle la vida sino con la condicion de que habia de dar una vuelta descalzo alrededor del castillo de Montaigu, con una cuerda al cuello, y que iria delante del duque de Chabannes á pedirle perdon de los ultrajes que habia hecho á su casa. Esta promesa fué jurada y registrada. El jóven desconocido fué declarado vencedor del torneo, y presentado á la duquesa de Borgoña, que le dijo entregándole la corona:

—«Galante caballero, hé aquí un bello homenaje que debeis depositar á los piés de la mas bella dama del torneo.»

—«Seria á vuestros piés, señora, respondió Enrique de Mortagne; »pero el honor es la mas bella garantía de un caballero, y tengo em»peñado el mio en dársela á otra.»

Y fué radiante de orgullo y de alegría á depositar su corona y el pañuelo blanco á los piés de Alina.

—«El ultraje de la casa de Chabannes está vengado, dice; ¿la »mano de la señorita Alina pertenecerá al vencedor?»

—«Con la mayor alegría respondió el duque de Chabannes: os »pertenece, quien quiera que seais.»

—«Y vos, señorita, dijo entonces Enrique, ¿confirmais sin disgusto »las promesas de vuestro noble padre?»

Alina, por toda respuesta, le miró con amor, volviendo á entregarle su pañuelo.

MI VIAJE

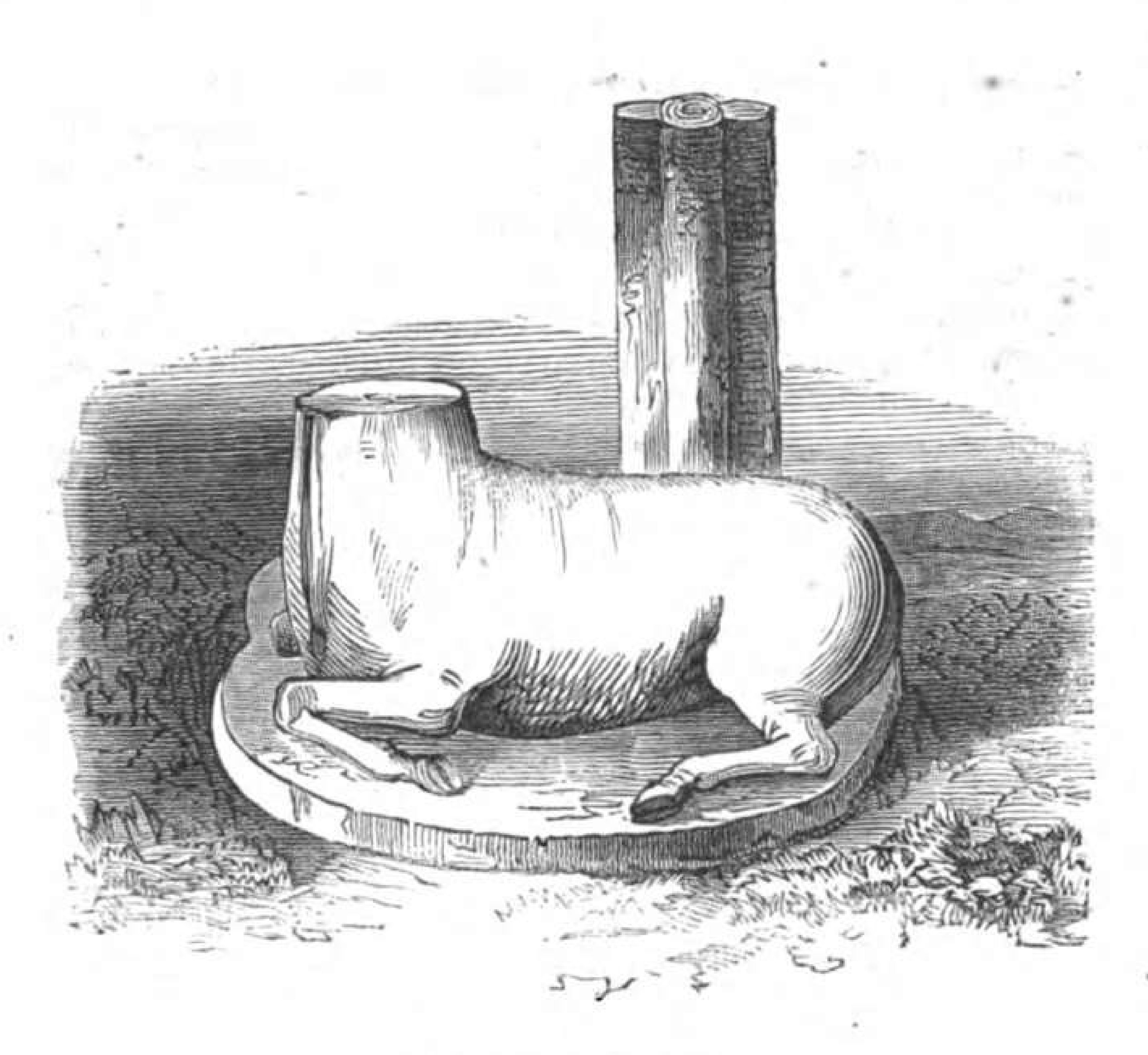
A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(*Continuacion.*)

Los indios desviaron con sus palancas nuestra canoa de la orilla, y empezamos el segundo dia de navegacion; mas tarde abandonaron las palancas por los remos, trabajando vigorosamente sin descanso durante una hora que para reposar hicimos un pequeño alto, saltamos todos en la orilla, donde despues de subir por una pequeña colina vimos una cabaña indiana.

P** mandó á los criados pusiesen órden en nuestra ambulante habitacion, y trajeron luego lo necesario para que pudiésemos hacer nuestra toilette y almorzar después, todo al aire libre á la sombra de gigantescos troncos de copudos árboles y encima de la verde alfombra. —¿Y por qué no dentro de aquella cabaña?—Describámosla, que será la mejor contestacion.—Figúrese el lector (que no haya estado por allá, y recuerde el que haya estado) cuatro vigas clavadas en tierra, coronadas por un techo ahuecado, y reducidísimo, á 16 pies de elevacion ó menos, adonde solo de noche se recogia la familia indiana subiéndose á esa guarida por medio de una especie de asta-bandera que retiraban después, y de este modo dormian fuera del alcance de las fieras, que hay muchas, y particularmente tigres, que durante la noche van á caza de gallinas, perros, cerdos, vacas, toros y mulas, que acostumbran tener en derredor de dichas chozas para su uso los indios, por lo que siempre hay uno que vigila con su escopeta y su machete mientras que duermen los demás. Del techo abajo no hay paredes; pero siempre protege dichas cabañas la sombra de grandes árboles: abajo tienen aquellos útiles de que se sirven durante el dia; abajo guisan, y tienen clavadas en tierra estacas con cabezas de tigres muertos por ellos, y hermosas pieles, algunas de las cuales compramos á ínfimo precio.

Tambien acostumbran vender tities y periquitos. Pero víveres solo rara vez y por gran favor, puesto que les hacen mucha mas falta que el dinero; lo desprecian aquellos semisalvajes, cuyas costumbres estan morigeradas por la sublime doctrina del Evangelio; son tan sóbrios contentándose con lo necesario, y tan de buena fé religiosos, que andan á veces tres y cuatro leguas los domingos y fiestas de guardar por oir misa; sus costumbres son patriarcales, y no han llegado á corromperse con el libertinaje que reina en las ciudades populosas y que llaman civilizadas.

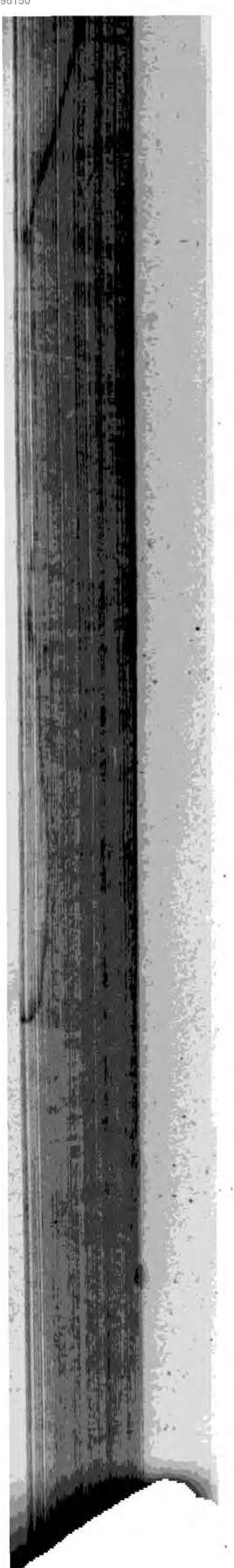


(Escultura antigua.)

Además de la lengua inca hablan español con acento andaluz; ignoran toda espresion fea, al menos jamás profieren palabras malsonantes, y redúcense sus mas fuertes interjecciones á invocar los dulces nombres de Jesús y de María; nunca se ha oido decir que se haya efectuado un robo entre ellos, que á veces se ven en medio del rio conduciendo á un solo pasajero cargado de oro.

Pasó aquel segundo dia como el primero, y la noche asimismo; sucediéndose en la misma forma los demás, viendo constantemente muchos caimanes; el sesto dia sobre todo fuéron tantos y tan grandes, que causaban horror; recuerdo que sobre las doce Luis y yo apercibimos un cuerpo que fluctuando sobre los aguas, venia hácia nuestra proa, impelido por la corriente, y además unos pajarracos navegando sobre aquel objeto; cuando estuvo cerca pudimos distinguir el cuerpo acéfalo de un enorme caiman á quien algunos indios habrian cortado la cabeza después de matarlo de un balazo tambien en la cabeza, porque la coraza que cubre sus lomos es invulnerable; después le estraerian de su cuerpo gran cantidad de grasa de que hacen uso, y lo abandonarian luego en la corriente, donde muchos gallinazos, que son enormes cuervos almizclados, con repugnantes graznidos disputábanse á la sazon como grajos viles los restos magullados del formidable reptil.

Todavía no he dicho por qué no se puede navegar de noche y solo sí durante el dia, y no sin riesgo; como quiera que allí hay una vejetacion asombrosa, y que los bosques así como las generaciones de los hombres tienen su infancia, su juventud, su vejez y su decrepitud, aquel rio está muy sucio á causa de los troncos seculares que caen á impulso de los huracanes y mil ramas que se desgajan, todo lo cual va á parar al rio, y si no se navega con precaucion, á veces se aglomeran tantos estorbos y en sitios tan estrechos, que es espuesto á zozobrar, lo cual no convendria en ninguna forma aun sabiendo nadar bien, porque aquellas aguas están pobladas de caimanes que son anfibios, y tienen la peculiar gracia de acometer con preferencia dentro de aquel elemento; tan cierto es esto, que yendo en la canoa no se es dueño ni aun de sacar una mano para juguetear con el agua, sin peligro de dejarla allí para siempre, aunque cuando menos bañarse. Las culebras, de que diré algo al fin de este capítulo, abundan de todas especies en aquellas orillas, y hay tantísimos monos de todas clases, que meten un ruido estraordinario. Un refran dice: «el último mono se ahoga,» de una maniobra que se presencia allí: era un punto en



que el rio momentáneamente se estrechaba hasta quedar reducido á unos quince piés quizá de estrechura; en la misma orilla derecha habia unos árboles muy elevados, delgados y flexibles; subieron á uno de ellos diez ó doce monos, los cuales agarrándose cada cual por la cola del que le precedia se mecieron en la copa del dicho árbol, hasta que tanto se balanceó con las acompasadas y repetidas sacudidas, que se acercaron mucho á las copas de otros árboles que en la opuesta orilla se inclinaban hácia el centro del rio; entonces el primer mono de pronto se desprendió de su árbol aferrándose vigorosamente á uno de los otros; los otros monos, sin soltarse las colas, se dejaron ir y se encontraron trasportados asimismo como el primero; pero tocante al último desgraciado, sufrió un vaiven tan rudo, que no pudiéndolo resistir, soltó las manos y se *ahogó* lanzando un doloroso grito argentino.

El penúltimo dia llovió (llovió todos los dias), pero mas aquel que ninguno; serian las ocho de la mañana, y vimos hácia la proa tambien que arrastrado por la corriente navegaba un enorme tronco de árbol con sus inmensas ramas, poco grandes, pero no en su número, y llenas de hojas verdes, las que formaban un raro contraste con el tronco que aparecia roto, viejo y carcomido; nuestro patron se preparaba para manejar convenientemente el timon, y los indios las palancas para defendernos contra aquel enemigo que venia derecho á envolvernos: aun estaba á distancia: Luis y yo no quitábamos ojo á aquello y nos preguntábamos: ¿cómo un tronco que perece y se desploma de puro viejo podia tener unas ramas de tan verde y lozano follaje? Los indios se sonreian de nuestra inocencia: acércase á esto mas el árbol, y ¡oh sorpresa! vimos que de repente desnúdanse las ramas de su aparente y verde follaje, y bajo la forma de una nube de esmeraldas desapareció por los aires; era una bandada de mas de mil loritos no mayores que polluelos de ocho dias, y que llaman en el pais periquitos.

Llegó la noche, y como siempre, la canoa sujeta por un cable á un tronco; habia una colina con mucho matorral y una choza; no hacia luna; el cielo estaba encapotado, y serian las nueve de la noche cuando se habló de cenar; encendimos como de costumbre, y solo para este acto, una bujía, y allí se sacaron vasos, fiambres, botellas, etc. etc.: ocurrió pues que á lo mejor el viento nos apagó la luz; por tres veces se encendió y volvió á apagar sucesivamente: conque nos resignamos por aquella vez á cenar á oscuras: empezamos á mascar á dos carrillos, sin importarnos mucho por la luz, y aunque nadie se llevara equivocadamente un bocado á una oreja en vez de á la boca, sin embargo, al preguntar quien tenia la botella del vino de madera, esta nunca pareció, y solo si el ron, el jerez, manzanila, etc. Yo, que antes de apagar la luz reparé en que no quedaba mas que media botella de dicho vino y que aquella no era hora oportuna para sacar mas del repuesto, me la habia apropiado de antemano para mi solo, siendo egoista por la vez primera en mi vida, y en medio de las tinieblas despues de echar un gran trago, esclamé: Es fuerte cosa que no *hayamos* de beber madera esta noche!... Y no mentia, porque no bebió otro que *yo*... Con esto nadie sospechó, y mi corazon se sintió alegre; fué lo suficiente para contentarme una dosis que repartida entre muchos, á ninguno hubiera aprovechado. Como habia comido mucho, aquello me facilitó la coccion, y pasada una hora hube de saltar en tierra, no recuerdo á qué.

Un indio encendió una tea y me condujo á tierra. Luis quiso venir: pretendí desviarme momentáneamente de mis dos acompañantes, pero el indio se opuso.

—¿Qué, pregunté yo, hay caimanes?

—Peor que eso, señor.

—Peor!... repuso Luis algo alarmado.

—Han de saber sus mercedes que este es un sitio señalado por la abundancia de culebras, y nunca las he visto tan alborotadas como esta noche.

Al oir esto yo fuí quien esperimenté muy serios temores; fijé mi consideracion en nuestro guia, hermoso hombre de color de cobre y formas apolónicas; en la siniestra mano empuñaba la encendida tea, y un nudoso palo en su diestra, á mas con una correa ceñia un machete á su poderosa cintura.

—Pues qué, dijo Luis, por ventura ó mas bien por desventura nos acometerán?

—No señor, á menos que inadvertidamente pisásemos alguna que esté oculta entre estas matas, en cuyo caso estamos perdidos.

—Todavía es tiempo de volver atrás, observé yo, cogiendo á Luis de la mano y volviendo la espalda al guia.

—No tenga su merced miedo, replicó el indio, que yo gritaré para espantarlas y que se hagan á un lado.

—Luis me dijo tambien que era innoble retroceder, é indigno de mosqueteros; yo, que no sabia que fuésemos mosqueteros, al aprenderlo nada tuve que replicar y no pensé mas en abandonar el campo.

El indio empezó á aullar (porque aquello pasaba de gritos); parecia un energúmeno, y á las vibraciones de su voz contestaba un eco salvaje en aquellos bosques, y aquel hombre de pronto alzando la tea y agitándola para que su llama rojiza diese mas luz, soltó el palo y con el machete comenzó á dar mandobles contra aquellas matas y abrojos, y nos dijo: ¡Señores!... miren sus mercedes cómo huyen estas culebras!... y nosotros vimos al siniestro resplandor de aquella fúnebre llama una legion de serpientes, víboras y culebras de varias especies huyendo y silbando y crugiendo cual látigos infernales: yo no sé á qué comparar aquella hoguera de reptiles que allí bullia, amenazándonos de paso con saetas envenenadas y ojos centelleantes de cólera fascinadora; figúrese el lector la cabellera de Medusa, pero veinte veces mas larga. Saliendo de nuestro estupor Luis y yo seducidos por el valor de nuestro guia, le secundamos en la lucha que emprendiera para conjurar aquella falanje del averno.

III.

CRUCES.—ISTMO DE DARIEN.—PANAMÁ.

Junio, 1842.

Retirábase el sol á su ocaso; un ambiente suave precedia el vespertino crepúsculo; los trinos de las aves íbanse haciendo menos frecuentes, y mas escasos todos los demás ruidos, cuando nuestra canoa se detuvo en la derecha márgen del rio; era el quinto dia de navegacion y último.

Teníamos al frente y en alto á una aldehuela de pocas casas, pero sin calles, porque era en medio del campo, do vivian todos interpolados, los animales con las gentes. El único edificio notable fuera la casa del cura, á no ser por una iglesia derruida y corta de talle, que asemejaba mas bien á un palomar, y á través de cuyas agrietadas paredes podríase penetrar perfectamente aunque estuviesen las puertas herméticamente cerradas: allí mismo estaba lo que apellidaban plaza, y en medio de esta, suspendida de un madero atravesado sobre otros dos clavados en tierra, una parodia vil de campana, una semi-caldera ó pocila enorme, sobre la cual, repicando con dos piedras, el sacristan convocaba á los fieles todas las mañanas para asistir al oficio santo de la misa, y solo despues de subir á aquella plaza por una muy deleznable colina, podia uno decir: Estoy en Cruzes, el ínclito Cruzes, el nunca bastantemente ponderado Cruzes!

POR TI.

(Conclusion.)

(Aprobada por el censor.)

Al oir este nombre Salvador, palideció y no supo qué decir, hasta que una mirada de Arturo en que se leia esta idea; cree en el amor de las mujeres, que ya recibirás desengaños! vino á sacarle de este penoso estado.

—Está Vd. seguro de lo que ha referido? esclamó dirigiéndose á Federico.

—Esa es buena! Si á Vd. le cabe alguna duda, no tiene mas que pasarse por mi casa, y allí le enseñaré cartas, pelo y demás zarandajas propias del caso.

—Miente Vd., caballero; y al decir esto estampó Lazan un fuerte bofeton en la mejilla del intrépido Lovelace.

—Caballero, Vd. me dará una satisfaccion de este insulto.

—Si por Dios! y á muerte.

Arturo, Rafael y otras personas cercanas se interpusieron entre los contendientes. Estos abandonaron en seguida el café. Poco despues toda la concurrencia hacia comentario sobre el dramático suceso que acababa de acontecer.

Pretenden ciertos modernos escritores en sus delirios filosóficos arreglar el mundo de modo que se convierta en un nuevo paraiso terrenal. La paz universal, el comunismo y la hermandad de todas las naciones, hé aquí las brillantes utopias de Fourrier y Prudhon, de Cabet y Luis Blanc. Algunos novelistas de esta escuela han dado en la mas estraña manía que imaginarse puede; culpable es el rico de la embriaguez del jornalero y del robo del pobre, de la prostitucion de la hija del pueblo y de la vagancia del mendigo; para estas gentes, dice Paul Feval, el pobre es un cordero, el rico es un tigre, y cada vez que uno de estos desgraciados tiene la flaqueza de estrangular á un transeunte en medio de la calle, se deberia guillotinar un marqués. Segun estos humanitarios filósofos, el duelo es un crimen horrible digno de los bárbaros y atrasados tiempos en que la promesa era sagrada; en que Luis XIV en Francia y Felipe IV en España elevaban las letras y las artes al mas alto grado de esplendorosa grandeza; en que el amor, la amistad y la gloria inflamaban mas de un pecho de noble y generoso entusiasmo. Si aquello ya pasó, en cambio la moderna civilizacion nos da caminos de hierro, sociedades anónimas, parlamentos que hablan, pueblos que obran, apóstoles de la comunidad de bienes que se enriquecen, frenólogos, magnetizadores y empíricos y charlatanes de

todas clases y condiciones. ¿Pero adónde vamos? ¿Qué es lo que escribimos? Nos dejamos llevar de nuestro humor atrabiliario, y formamos largo capítulo de cargos contra la edad presente, sin considerar que se pudieran hacer á los pasados siglos. Nuestra intencion era disculpar el desafío en determinados casos; ánudemos pues el roto hilo de nuestro discurso.

El duelo es un suplemento obligado á las leyes que no conocen las ofensas hechas al honor; esto ha dicho el eminente cantor de Atala y de René, el religioso autor del Génio del Cristianismo, y estas palabras formulan nuestra opinion acerca de tan debatida materia. Y no se nos diga que el honor es una preocupacion mundana ó una frase vacía de sentido; porque si se tratára de destruir todas las preocupaciones, y esplicar el significado de las voces que usamos, tal vez no se encontrará nada cierto en el mundo moral á escepcion de las verdades que la fé nos enseña.

Semejantes á las ideas que dejamos espresadas, eran las que abrigaba Salvador de Lazan. Así pues, su conciencia estaba tranquila acerca del lance de honor que con Federico tenia pendiente; empero su ánimo se hallaba agitado por terribles cruelísimas desconfianzas. ¿Serán ciertas las palabras de Federico? Ningun motivo habia para dudar de ellas. Estos pensamientos desgarraban el corazon de nuestro héroe, tanto mas, cuanto que nunca la mas ligera sospecha habia empañado el claro horizonte de sus amores con la poética Fanny. Sin embargo, su imaginacion se negaba á comprender aquella horrible traicion de una mujer cuyos lábios habian pronunciado tantos juramentos, tantas gratas y consoladoras promesas.

CAPITULO V.

UN DUELO Y SUS CONSECUENCIAS.

Serian las seis de la mañana cuando en un mismo carruaje se dirigieron á la venta del Espíritu Santo, Salvador y Federico y sus respectivos padrinos Arturo y Rafael. La conversacion durante el camino fué viva y animada. Se trató de política, de literatura, de bailes y de teatros. La Fuoco y Guy, la Vargas y la Nena, la Matilde Diez, Romea y Valero, salieron á plaza en compañía de Zorrilla y Narvaez, Sartorius y Rubí. Arturo hizo gala de sus conocimientos en las lenguas estranjeras, pues habiéndose nombrado las carreras de caballos habló de *jokey-club*, *spartimen*, *grooms*, *steeple-chase*, y *gentlemen-rides*. Federico felicitó á Salvador por sus novelas y demás obras, y dijo que sentia haberle conocido de una manera tan poco satisfactoria.

Por último, llegaron á la venta del Espíritu Santo; allí se buscó un sitio que estuviese resguardado de las miradas de los curiosos, y encontrado este, se probó el temple de los floretes, pues esta era el arma con que se habia de verificar el duelo. Los padrinos por fórmula trataron de que se reconciliaran los adversarios; y decimos por fórmula, porque bien convencidos estaban de que aquel lance no se terminaria como otros con un almuerzo en el *restaurant* de Lardy, ó con algunas botellas menos en la tienda de los Andaluces.

Concluidos estos preliminares, Salvador y Federico tomaron los floretes y se colocaron en guardia; pocos momentos después las estocadas y las paradas se sucedian con una rapidez calculada, tan necesaria para la defensa como para el ataque. Carbonell y Orange hubiesen visto con gusto aquellas sábias combinaciones del arte de la esgrima, que tal auge y estima merece en nuestros dias.

Ambos competidores mostraban su destreza; pero Salvador tenia en contra suya una idea fija, que le acosaba y le hacia perder gran parte de su serenidad. Hubo un momento en que recordó que el hombre que tenia delante de sí, tal vez habia merecido los favores de aquel ángel cuyo nombre tenia grabado en el pecho: este pensamiento le enardeció de tal modo, que arrojándose sobre su adversario con sin igual ímpetu, estuvo á pique de obtener una completa victoria, y aun logró herirle levemente en un brazo. Pero Federico, aprovechándose hábilmente de esta precipitacion, y tendiéndose á fondo en un momento oportuno, atravesó con una estocada en quinta el costado de Salvador. Este cayó al suelo sin pronunciar un ay. Arturo y Rafael se acercaron para prestarle los primeros perentorios socorros. Algunas vendas traidas de antemano y un poco de emplasto aglutinante sirvió para contener la sangre.

Esta es una *petit* herida que se cura muy pronto con auxilio del *docteur*, dijo Arturo, y trasladando á su amigo al interior del carruaje que habia servido á nuestros personajes para llegar hasta allí, se dirigió lentamente camino de Madrid.

. . . .

Seis dias habian pasado desde que acontecieran los últimos sucesos que dejamos referidos. Todos los recursos de las ciencias médicas habian sido inútiles; la herida de Lazan era mortal. Fanny, al saber el estado de su amante, atropellando los humanos respetos, habia corrido hasta el borde de su lecho de muerte. Allí, en aquella alcoba que pronto habia de encerrar un cadáver, medió una escena asaz dura y viva de celos y amorosas reconvenciones. Empero bien pronto se convenció Salvador de la inocencia de su amada. Las palabras de Federico no habian sido mas que uno de esos alardes de libertinaje y cinismo que con tanta frecuencia hace nuestra ilustrada juventud. Después de esta esplicacion, nuestros dos infortunados amantes se entregaron á todo el fuego de su ardiente intensísima pasion. En su amoroso delirio convinieron en unir sus manos ante el Altísimo, antes que el aliento vital faltase á Salvador.

Sí, pensaba Fanny, quiero llamarme su esposa antes que muera; quiero vestir de luto mi cuerpo además de mi alma; quiero llevar su apellido, y poder manifestar á todo el mundo mi profundo dolor y sentimiento. Un anciano sacerdote bendijo la union de los dos jóvenes, y al ver tan acendrado cariño, tan puros y generosos instintos, una lágrima brilló en su cárdena mejilla, y sus labios se movieron pidiendo al Todopoderoso mayor ventura para tan nobles corazones.

La tarde del dia en que se verificó tan triste desposorio, se hallaban sentados al lado del lecho del desgraciado poeta Fanny y Arturo. Todo inspiraba melancólicos pensamientos en aquel sitio. La luz penetraba escasamente por una ventana que daba á un patio; el silencio, interrumpido solo por la trabajosa respiracion del enfermo, y el ruido de un fuerte aguacero que en aquellos momentos caia; por último, las blancas paredes de la estancia, en la cual no habia mas adornos que un pequeño reclinatorio, sobre el cual se veia el Evangelio en triunfo de Olavide, y una imágen del Redentor del mundo y tres ó cuatro sillas de Vitoria; nada distraia el ánimo, nada halagaba la imaginacion. ¡Ah! la muerte trae consigo un aparato aterrador y siniestro; ante su vista tiembla el vil escéptico y cesa la alegría del atolondrado libertino, y hasta aquel desventurado mortal que considera el fin de esta vida como el término de los mil pesares que nos cercan, no puede menos de estremecerse al considerar el mas allá que encierra la tumba.

Los labios de Lazan se entreabrieron, y haciendo una seña para que se le prestase atencion, comenzó con entrecortadas frases á decir de esta suerte:

—Conozco, amigos mios, que mi existencia se acaba... Si muero en un desafío, este fué por defender la honra de una mujer idolatrada... Si hubiese vivido á tu lado, Fanny, hubiera sido demasiado feliz... Se han de cumplir las palabras divinas... este mundo es un valle de lágrimas... Arturo, te exijo que no procures vengar mi muerte... Adios, amigos queridos, una vida eterna nos espera... Allí volveremos á reunirnos.

Los sollozos de Fanny, reprimidos hasta entonces, no dejaron oir las postreras palabras del moribundo poeta; Arturo la sacó de aquel sitio, y en seguida volvió al lado de su amigo.

EPÍLOGO.

Aquella misma noche falleció Salvador. Al otro dia todos los periódicos anunciaban con *profundo dolor* este acontecimiento que privaba á la república de las letras de un aventajado ingenio, y á los escritores de un compañero querido é ilustrado. Mas á pesar de estos *dolores periodísticos*, tal vez solo dos personas sentian verdaderamente la muerte de nuestro héroe: Arturo, que reconocia en su amigo altas prendas de capacidad y nobleza de alma, y Fanny que sabia hasta qué grado habia sido amada de aquel hombre que la habia hecho hasta el sacrificio de su vida. ¡Feliz mortal, el que encuentra dos seres que le comprendan!

La bella niña, para valernos de la frase de un poeta moderno, tenia esa tristeza que puso Dios en los corazones predestinados á sufrir el martirio del desengaño. Aquella melancolía habitual se aumentó de una manera increible; y no fué su dolor uno de esos alardes de sentimentalismo de que hacen gala las jóvenes del gran mundo, uno de esos alardes en que cuatro falsos sollozos y algunas *crispaciones* de nervios dan lugar á que en la crónica social se hable de su impresionable espíritu; no: los meses pasaron, y jamás la alegría volvió á reaparecer en el semblante de Fanny: mil galanes se arrojaron á sus plantas pidiendo un deseado sí; una sonrisa dulcemente triste fué su única contestacion. Cuando se la veia en los paseos ó en los saraos, parecia preocupada y distraida; vestia con notable sencillez; mas de una vez una furtiva lágrima empañaba el brillo de sus azules ojos; cualquiera al verla tan resignada la hubiese creido el ángel de la melancolía y del dolor.

. . . .

Algunos años después decia Arturo sentando sus favoritas ideas: Mi regla es general *d'après nature*, el amor de la mujer es tan constante como el vuelo de la mariposa. *Cependant*, Fanny de Mendoza es una escepcion, pero una escepcion *rien* dice, *rien* significa.

Segovia 20 de febrero de 1851.

FERRIZ VILLEDA.

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN.

Aunque engañado viva
poco me importa,
que tambien el engaño
tiene su gloria.

I.

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo,
por mas que el viento silbe
y aullen los perros;
duerme, que al niño,
mientras duerme le guardan
los angelitos.»
Así cantó una noche
mi dulce madre
procurando dormirme
con sus cantares,
y fui quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.
Hasta que empezó á verse
la luz del dia,
dicen que el viento estuvo
silba que silba;
y aun aseguran,
que estuvieron los perros
aulla que aulla.
Mas yo pasé en un sueño
toda la noche,
junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mi viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.
Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres ¡hijo
de mis entrañas!
más espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mio,
piensa que estan las palmas
tras el martirio.»
Así me dijo un dia
mi dulce madre,
convertidos sus ojos
en dos raudales;
así me dijo
cuando dejé la tierra
por qué suspiro!
¡Ay mis montañas verdes!
¡Ay mis cantares!
¡Ay mi casita blanca!
¡Ay mis nogales!
¡Ay mis castaños,
en donde yo jugaba
con mis hermanos!—
Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazon me duele,
me duele el alma!
Si alguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga.
Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo,
porque crecen las palmas
tras el martirio.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mio,
llama á tu pecho,
no olvides que su orígen
está en los cielos;
y ten presente,
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.»
Así me escribió un dia
mi dulce madre...
¡Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entonces,
por el amor del ángel
troqué el del hombre!
En el amor contemplo
la pura esencia
de lo bueno y lo santo
que el alma encierra;
y el amor pago
con lo que encierra el alma
de bueno y santo.
La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada;
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.
Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde,
¡bendita sea!

IV.

«Hijo mio, no llores
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven,
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano.»
Así me escribió un dia
mi dulce madre,
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta;
pero yo á todas horas
hablo con ella.
Exhalan cada dia
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho;
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.
Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba
ó su nombre defiendo
de la impostura...
un tierno voto
de gratitud me envian
llenos de gozo.
¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados
hace inmortales!
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

ANTONIO DE TRUEBA.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra